



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 10648

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1° y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MIERCOLES 28 DE ABRIL DE 1897

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

PAPEL DEL ESTADO

Operaciones al contado y a plazo en toda clase de valores cotizables en Bolsa.

COMISIONES REDUCIDAS
CAMILO PEREZ LURBE
12, CASTELLINI, 12

DE AYER Á HOY

Estamos en vísperas de Mayo y nada se habla de aquella fiesta de los trabajadores que fue estaluida hace media docena de años con aparato formidable de meetings y manifestaciones tumultuosas.

De aquella jornada de los tres ojos casi nada queda; cayó en desuso en la mayor parte de España, y solo en Barcelona, en Madrid y en alguna otra población importante se reúnen los trabajadores para celebrar meetings, más por la fuerza de la costumbre y por hacer un acto de presencia, que por convencimiento de que tal fiesta y tales reuniones les ha de llevar á nada práctico.

La historia de la fiesta del primero de Mayo ha sido breve. Nacida en medio de protestas ardentísimas contra la política y el parlamentarismo; impulsada por elementos que declararon á la sociedad guerra sin cuartel; defendida por la conveniencia de unos cuantos y sostenida por millares de trabajadores que no se pararon un momento á pensar en lo que significaba la cuestión de los tres ojos, apareció amenazadora con los primeros albores de un día primaveral. Alarmado el gobierno, u obrando con prudencia, encerró á los soldados en los cuarteles, sacó la caballería á la calle y la hizo posesionarse de sitios extraléxicos y arrastró los cañones y los puso en las encrucijadas.

En algunos puntos estuvo justificado tal alarde de fuerza, pues á pesar de él corrió la sangre; en España no, pues si bien las manifestaciones de obreros fueron en su mayoría tumultuosas la prudencia de las autoridades orilló el conflicto.

Los que presenciamos aquella demostración colosal de los obreros de Europa y nos enteramos de las sangrientas jornadas en las que los trabajadores belgas y los franceses lucharon porfiadamente con la policía, provocando el derramamiento de sangre, auguramos para las fiestas sucesivas del 1.º de Mayo peligros aun mayores. ¿Qué lejos estábamos de pensar entonces que, andando el tiempo llegaría un 28 de Abril sin que los trabajadores hubieran dicho na la respecto á la fiesta señalada para tres días después.

Eso es lo que ha ocurrido ahora: estamos en vísperas del día señalado por los obreros para reunirse y alentarse, y no se habla de manifestaciones ni de meetings, ni de nada que tenga relación con la fiesta del trabajo que tantos temores engendró en otro tiempo.

Más vale así, que hayan com-

prendido los obreros,—sobre todo los de España—que por el camino que habían elegido no se va á ninguna parte.

TIJERETAZOS

Dice un colega, que en el último consejo celebrado por los ministros, el señor Cánovas no se expresó al hablar de los Estados Unidos con los optimismos de costumbre.

¿Córcholis! ¿Ahora salimos por ese registro?

Aquellas disposiciones felices y aquellos propósitos pacificadores ¿qué se hicieron?

¿Se los ha llevado la trampa ó es que se preparan los yankees para nuevas exigencias y toman posiciones?

La falta de lluvias ha dado al traste con la cosecha en muchísimas regiones de España.

Pero del mal el menos; ahora viene la langosta á acabar con lo que queda.

Con que este verano se sublevarán varias poblaciones por cosas de consumos y se echen unas cuantas partidas al campo ¿quién nos tose?

Insiste el «Heraldo» en que el gobierno ha incurrido en errores en lo referente á la campaña de Filipinas.

Y añade que el interés del país bien merece un acto de contrición por parte de los ministros y hasta un cambio de política.

Sobre todo, esto último, que es á lo que el «Heraldo» tira con bala rasa.

El acto de contrición de los ministros le tiene sin cuidado. El poder es lo que se desea á todo trance.

Por mí que se lo den, á ver si de esa suerte muda los dedos y toca otra sonata más alegre.

Telegrafía el general Primo de Rivera que á las cuatro horas de llegar á Manila ya no considera tan halagüeña la situación del archipiélago.

¿Tan pronto?

El general Polavieja, cuatro horas antes de embarcarse para España, veía el horizonte de color de rosa.

Y no se le puede negar que sabe distinguir de colores, porque antes había visto muy negro el horizonte.

¿Qué ha pasado de entonces acá para que vuelva á ponerse oscuro?

Dice un colega que el Sr. Romero Robledo ha ido á Madrid á promover una crisis.

¿Teniéndola tan grande dentro de casa!

Entre la crisis que el exministro intenta en el Gabinete y la del hambre que se padece en Andalucía, haría mejor papel el Sr. Romero dominando la segunda que provocando la primera.

DESDE SEVILLA

En Sevilla nos tienen nuestros lectores desde hace unos días, y por eso de cosas de la tierra de María Santísima hemos de hablarles hoy, si es que podemos hacerlo; pues son tantas las ideas y las imágenes encerradas en el cerebro, tantas las caricias y los halagos recibidos, que no sin lógica tememos, que el zumbar de aquéllas en la cabeza y la sugestión operada en todo nuestro ser por éstas, echen á rodar la pretensión, aparte de ser grandísima nuestra incompetencia para hablar de lo que re-

conocidos genios han hablado, como ellos saben hacerlo.

Hemos venido á lo que vienen muchos, á pasar unos días alegres respirando esos aromas dulcísimos y embriagadores del azahar y de la manzanilla; á contemplar rostros en que Dios puso toda la gracia y toda la belleza á que puede aspirar la criatura; á dejarnos adormecer por la abrasadora mirada de unos ojos brillantes como el carbunclo, negros como la endrina, soñadores y melancólicos como de hurí enamorada; á dormir arrullados por el cántico misterioso del Guadalquivir; á soñar con un edén, al vernos en sus floridos perfumados jardines; á evocar las sombras de San Fernando y San Jerónimo, Velázquez y Murillo, Calvo y Valero, Becquer y Susillo, Lista y Ayala, del Don Alvaro del Duque de Rivas y del Don Juan de Zorrilla y Byron, al pasar por sus calles y sentir las caricias de su ambiente de ensueños de amor; á recordar las grandezas y las debilidades de hombres que gobernaron á España, al visitar sus históricos edificios; á extasiarnos ante las cadencias de sus inmortales bailes, de sus músicas alegres y tristonas; hemos venido, en fin, á soñar y nada más que á soñar, porque no otra cosa se consigue al visitar la feria sin hermana en el mundo y verse rodeado de un mundo elegante ó ideal y sentir mecerse á nuestro alrededor algo que á la par parece corpóreo é incorpóreo, y que al llegar á nosotros nos hace su esclavo y su adorador más rendido y humilde.

Pasa la sevillana feria por ser única en el mundo, y con sobrada justicia goza de tal fama. Ella sola, en su prado de San Sebastián, reúne todo lo que podemos ver distribuido entre las más celebradas ferias, verbenas y veladas del mundo.

En las cuatro calles que forman sus casillas, adivinamos todo el lujo y toda la elegancia que puede ambicionar la mujer más vanidosa; allí sorprendemos tanta alegría, tanto desbordamiento de placer, que pensamos si existirá bebida que posea el don de no producir más que contento, y allí sentimos la grata impresión de contemplar murlescos rostros, cuyas dueñas, bien describen provocadores himnos al bailar las alegres seguidillas y demás bailes andaluces, bien, con gallardía envidiable montan y manejan briosos caballos del país, ó pasean en el break con tiros enjaezados á la calesera ó hieren la arena del paseo con el diminuto ó bien calzado pié; todas rientes, invitando al placer eterno, con el mirar enloquecedor de sus ojos de odaliscas orientales, ojos de brillar más intenso y de negrura más infinita si son de rostro moreno y llevan la cabeza envuelta en la mantilla de caireles ó de encaje, tocado imprescindible en la mujer durante los días de feria.

Todo eso y mucho más que no acertamos á describir vimos en lo que pudiéramos llamar el corazón del real de la feria.

Y si recorremos sus partes extremas, á un lado, los potros de las vegas sevillanas y cordovesas, de sangre viva y retozona y de presencia bellísima, entre los que se mueve el chalán ó corredor que pondera con pintorescas frases las cualidades del bruto, para obtener buen corroteje; á otro, los avellaneros y turroneros, haciendo gala de la posesión de unos pulmones de hierro, los árabes vendedores de dátiles y dulces más ó menos pringosos, y las barracas de esos jugueteros verdaderos, judíos errantes castigados á concurrir á todas las ferias españolas. Aquí la calle dedicada á las figuras de cera, á los monstruos de dos ó más cabezas, de dos ó

más cuerpos, y á las vistas de todas las guerras habidas desde el diluvio universal, anunciadas á voces por lastimosos clowns; allí las filas de barracas de los cafetines y bufolerías jitanas, donde enseguida nos sentimos cogidos del brazo por mujer ataviada con ropas de abillones colorinos, que con moloso charloteo y dichos genuinamente volúmbios, nos obligan á saborear su dorada mercancía, en barracones hechos con colchas y sábanas remendadas, muy adornadas con flores de papel y cintajos.

Extraña unidad la de esta feria; cuadro en que tanto arroba y subyuga el conjunto como cada una de las líneas ó pinceladas.

Si existe algo que se resista á una descripción perfecta, la feria de Sevilla debe contarse como tal. Ella siempre animada, alegre, robosante en vida, plébrica de color, ofreciendo á los ojos del observador motivos para detenidos exámenes; de día, coloreada por los rayos de un sol verdaderamente meridional, que al par que la inunda de luz, la caldea y la harta de vida, y de noche, iluminada por los resplandores de millares de luces, de un efecto encantador.

Abandonemos ya la feria; el lector, como nosotros, estará cansado.

Volvamos á la ciudad, por la calle de San Fernando, á recorrerla, á visitar sus monumentos, en la seguridad de que en todas partes hemos de sorprender la misma animación, la misma alegría que en el prado de San Sebastián.

Pero no; dejemos descansar la pluma; el pequeño espacio de que disponemos no nos permite hablar de lo que la ciudad de San Fernando encierra. No hablemos de sus calles, estrechas y tortuosas, si; pero alegres y encantadoras como pocas; ni saquemos á relucir á los millares de extranjeros con que nos codreamos, y que vienen á esta hermosa Sevilla á fagorarlo todo, á llevarse antigüedades, acaso recién salidas de las manos de un hábil artífice, á obtener, con el auxilio de su instantánea, la imagen de todo lo que les llama la atención, y dediquemos las últimas líneas á la belleza que á crecido y se ha hecho mujer á los arrullos del Guadalquivir, á la sombra de la Giralda, aspirando los aromas de los azahares del Alcázar y del Palacio de San Telmo y acariciada por las perfumadas brisas de esta tierra, que á más de tierra de María Santísima debe llamarse tierra de los Angeles.

Aunque Sevilla y su feria de Abril no nos era desconocida, no faltaron cariñosos labios que nos preguntaran qué nos había agradado más de ellas. La pregunta fué hecha, sin duda, en la seguridad de escuchar una justa lisonja; respondimos que las mujeres.

No se ofendan nuestras queridas lectoras, hemos visitado gran parte de España, y en todas las poblaciones admiramos rostros femeninos que bien pudieran haber servido de modelos para los cuadros mitológicos del gran Rubens; pero en ninguna hemos visto—el que esto escribe no es sevillano—tanta belleza femenina junta, ni tanta cantidad de atractivos en las mujeres.

Recordamos una, primera en que nos fijamos apenas posada la planta en la hispalense ciudad, cuya imagen no se ha borrado ni se borrará de nuestra mente. Representa tener de 16 á 18 primavera; es de estatura regular, de tipo gallardo, elegante, ni gruesa ni delgada; su pelo es abundante, negro y sedoso; el rostro, moreno mate y ovalado, con unos ojos negros y resacaños, tan brillantes y tan llenos de vida, que parece que toda la de su dueña hállase reconcentrada en ellos; y para colmo

de gracias y de perfecciones, su nariz es recta, su boca cual dos diminutos pétalos de rosa de Alejandría, su barba y su cuello, como todas las líneas de su cara, dignas del cincel de Fidias, y la sonrisa ni un momento la vimos desaparecer de sus labios frescos y acarminados como los claveles de esta tierra, labios que, al ser diminutos y ligeramente carnosos, parecen estar constantemente brindando á recoger de ellos ese placer infinito, esas dulzuras indescribibles del primer beso dado á la mujer cuya posesión es el único bien que se ambiciona.

La primera noche de feria la vimos en el real, luciendo la clásica mantilla blanca, con la gracia propia de las mujeres criadas en esta tierra de bendición; á su lado llevaba el correspondiente galán, su novio acaso. ¡Dichoso él y más dichoso si consigue hacerla su esposa, porque la jovencita nos pareció un ángel, el bocado más delicado y escogido en que nuestros ojos han podido recrearse, en su eterno vagar en busca de la soñada perfección.

JULIO ABRIL.

COMERCIO EXTERIOR

El «Boletín» de la estación etnotécnica en Cete ha publicado recientemente los siguientes datos:

Durante el mes de Marzo, España ha enviado á Francia por las diferentes aduanas de la república 309,456 hectólitros de vinos ordinarios y 16,116 de licor, que suman en conjunto 325,572 hectólitros. De estos han ido al consumo francés 322,093 que unidos á los 561,178 de los dos pasados meses suman 883,271 hectólitros, valorados en 28 millones 674,000 francos. En igual mes de 1896 nuestra importación fue de 755354 hectólitros, lo que hace una diferencia a favor de Marzo de 1896 de 429,782 hectólitros. Italia durante el citado mes de este año ha importado 3,317 hectólitros, contra 6,951 que envió en igual mes de 1896.

En resumen desde el 1.º de Enero al 31 de Marzo de este año la importación de nuestros vinos á Francia ha sido de 991,519 hectólitros, contra 2,328,338 que trajimos en igual tiempo de 1896, por lo que resulta á favor de los tres primeros meses de 1896 una diferencia de 1.336,819 hectólitros.

En el citado mes de Marzo, Argelia ha importado á Francia 472,251 hectólitros de vinos, Portugal 583, Túnez 5,663 y otros países (ordinarios y de licor) 135,703 hectólitros.

El consumo de nuestras frutas, pues la importación se eleva á bastante mayor cantidad y que por estar englobada con la de otros países no se puede precisar en absoluto, ha sido en el mencionado Marzo de 1897 de 9.412,500 kilogramos, que unidos á los 9.046,700 llegados los dos primeros meses suman 18.459,200 kilogramos, valorados en 3.194,000 francos. En el mismo mes de 1896 el consumo fue de 8.668,700 kilogramos con lo cual resulta una diferencia á favor de Marzo de 1897 de 743,800 kilogramos.

Durante el mes de Marzo último han llegado de nuestra nación 328,100 kilogramos de aceite, habiendo pasado al consumo 82,700 que unidos á los 770,700 kilogramos de los dos primeros meses suman 853,400 kilogramos, cuyo valor se estima en 478,000 francos. En igual tiempo ó sea del 1.º de Enero al 31 de Marzo de 1896, nosotros importamos 2.706,800 kilogramos ó sean 1.705,400 kilogramos más en los tres primeros meses de 1897. En Marzo de 1896 nos-